



**Seis días impresos**

Miguel Gutiérrez Esteban | Metralla Ediciones

© 2000 Miguel Gutiérrez Esteban.  
© de la presente edición: 2006 Metralla Ediciones.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del impresentable titular del "Copyright", bajo sanciones establecidas en el código secreto y estricto de las tascas y las perrilleras, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, la escritura cuneiforme y cirílica y la mondadura de patata sobre papel de estraza, queda así mismo rigurosamente prohibida la no distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos y será escandalosamente repudiado encontrarse con el autor y no invitarle a una cerveza.

Seis días impresos.  
Miguel Gutiérrez Esteban.





Día uno.



Pero como sobre todo  
y por encima de todo  
me encuentro sumido en esta especie de  
letargo  
inquieto  
en el que los días no tienen más relojes  
que los ciclos corporales  
y las galletas María Fontaneda  
y las idas y venidas al váter y  
a la nevera a por agua fría,  
como sobre todo  
y por encima de todo  
me duele que todo siga aparentando  
ser yo no siento nada  
y sigo sumido en lo inmediato,  
en la cerveza y el picor del grano  
de la espalda que me susurran  
que este  
letargo  
inquieto  
quizá sea lo que se  
dice que es  
seguir existiendo.

Y que decir que ni que decir  
tiene que la risa es  
un esfuerzo anodino que sin embargo  
me daña las comisuras de la boca  
y me sumerge en reflexiones que  
no pueden indicar  
camino alguno a algún camino,  
y que si tienes ganas de  
preguntarme qué está sucediendo  
tal vez encuentre que no  
encuentro ninguna explicación  
para esto.

Tiene cojones que tenga  
que forzar la vista para ver  
cómo me desintegro,  
que tenga que decir sí cuando  
no quiero y que las cosas  
tengan tantos y tan precisos nombres  
cuando yo creo que  
no podría ni soñar con  
decir que esto que  
me cierra es una puerta.

Y bueno tú sabes fui a tomar café y estaba vacío el sitio vacío de gente vacío de peligros tú sabes sin trampas ni cartones que me desmembren que me llamen con las mismas miserables sensaciones que no soporto y que me llevan camino abajo hasta no sé dónde que es donde termino cuando normalmente salgo a tomar café como tú bien sabes, pero esta vez fui o fue distinto y pude estar allí y charlar de cine con el camarero que se llama Goyo y es un buen tipo algo cansado algo preocupado algo desencantado por la vida supongo pero aún con las fuerzas suficientes como para abrir cada día la cafetería. Abrir las puertas para tipos como yo que van a tomar café como si fuera la misma vida y piensan "cuánto tiempo podré estar aquí sin ir abajo, ir y caer hacia abajo?" O, aún peor, abrir para tipos que van allí solamente a tomar café como si eso fuera lo más sencillo y lo más normal del mundo.

Tengo la sensación de que ésta no es una buena forma de hablarte, de explicarte qué sucede si es que algo está definitivamente sucediendo. Tú tendrías mucho que decir de ello. Pero te vas y vuelves y de repente empiezas a estar volviendo siempre, y uno no sabe bien cómo agarrarte para que te estés quieta y dejes de moverte y empieces a comprender que esa no es forma de estar vivo, que no puedes sobrevolar las cosas como si fueran ya aburridas de tanto conocerlas. Y al fin y al cabo da igual supongo pero me gustaría estar aquí, en esta cafetería, contigo enfrente, y me gustaría que supieses exactamente lo que me esta pasando por la cabeza. Es algo así lo que me gustaría.

Voy saliendo por la puerta. Y  
estoy  
saliendo por la puerta. ¿Lo  
entiendes?  
Veo las aceras y veo gente. Me siento  
en el escalón primero del portal  
y enciendo un cigarro y tengo  
fuego de un mechero que Goyo me  
dio esta mañana. Tengo  
los dedos cansados y la espalda cansada  
y estoy extensivamente agarrotado,  
huesos, piel y cerebro. Tengo  
unos pantalones que te hacen mucha gracia  
y eso me gusta, pensar así en ti  
mientras todo es inocente aquí fuera.  
No de algún modo como cuando llamas  
por teléfono y me dices que  
vas a ver un concierto de Kiko Veneno,  
entonces mismo todo se vuelve negro  
y es entonces mismo cuando  
no puedo. Quizá más adelante sí. Sigo  
escribiendo, intentando encontrar el sentido  
de esto que está sucediendo si es  
que  
algo  
está  
sucediendo.  
Quizá es precisamente eso lo que falla.

Tengo que ducharme, he quedado  
con *Luzbel* Kike, Satán para los más cercanos,  
dios Baco del fin de semana sin  
descansos de lunes o jueves o miércoles,  
o martes. Y tú irás allí y estarás  
en medio porque no haces más que volver  
y pedirme que te quiera como si estuvieras  
en tu derecho al destrozarlo todo sin darte  
ni siquiera la más remota cuenta de ello.

De repente he recordado un verano lleno de  
horas contigo como si no hubiera más  
en este vacío que tú y tu cuerpo. No  
estuvo mal y a lo mejor  
tú  
sigues  
allí,  
y mirándome desde allí y sintiéndome a mí  
desde allí y esperándome allí  
te sientes sola  
-tan sola como me dices que te sientes-  
porque yo estoy aquí y si te veo  
realmente es recordando y no hay otra  
forma de que nos encontremos,  
tú allí esperándome y  
yo aquí sin poder verte.

Y sí, tú allí  
gritando y no sabiendo con quién compartes  
los cafés,  
y me lo dices de cien formas  
-nunca con palabras-  
y yo no lo entiendo  
hasta que no te recuerdo aquel verano  
y me recuerdo a mí mismo metido  
allí en medio, y me doy cuenta de que  
aquél está muerto y bien muerto ya  
y sé,  
inmediatamente,  
que es a aquél en mí a quien tú  
estás viendo, a quien tú estás  
esperando viviendo conmigo  
sabiendo que no soy yo  
el  
que ha  
de venir ya en cualquier  
momento.

De algún modo sé esto.

Pero como sobre todo  
y por encima de todo  
sigo siendo algo humano, algo reloj,  
algo patata y algo lechuza,  
no puedo evitar ir a la panadería  
y comprarme un algo sabiendo lo que  
a ti te gustaría. Y  
me siento en el escalón primero  
de la escalera y cuánto daría por  
tener fuego, por no haber perdido  
no sé dónde el mechero de Goyo, el  
que le tengo que devolver esta misma tarde.  
No temo más que al ir abajo  
a juntarme con todo lo oscuro y  
quedarme quieto comiendo techo,  
mirando el techo sin fuerzas para  
levantarme sin fuerzas para ir a mear  
sin fuerzas ni para tumbarme boca abajo  
cuando ya todo el cuerpo me duele. Quizá  
nada suceda y esa sea la raíz del problema.  
Eso se me escapa, me huye, se  
esconde detrás de las palabras para que yo  
no lo encuentre y para que no haga una forma de  
vida  
de este resquebrajar todo lo que he sido  
y querido hasta ahora.

O algo así.

Día dos.



Y bueno aquí ando  
un poco igual y más o menos  
en el mismo *tempo* redundando  
en esta habitación, tumbado en la  
cama y a medias pensando y a medias  
recordando y sobre todo  
paladeando el benefactor y  
rotundo olor de mi axila, saludable contacto  
con la esfera de mi única  
tangibilidad.

Y pienso que iré al cine  
y sí iré a ver lo que me dice esa  
terrible pantalla que tengo que  
censurar tanto, nunca sé  
*a priori* qué tipo de estado emocional  
conseguirá inducir a mi maleable cerebro  
que a pesar de todo y por  
encima de todo sigue siendo  
el controlador irrebasable de  
mi universo al completo. No  
estoy agusto aquí detrás de la puerta  
pero al menos no hay trampas ni cartones  
ni indicios que me extrañen y me  
saquen de la facilidad de vivir  
cuando uno es un circuito integrado  
en el hipostasiado cachibache del  
mundo.

A medias esperando una respuesta  
y a medias únicamente sobreviviendo.  
Hoy iré al cine cuando salga de mi  
encierro cuando consiga satisfacer  
el maldito ritual de atravesar  
sin efectos colaterales  
la puerta.

Sigues llamando con tus nudillos a puertas siempre falsas: máscaras del ladrillo. Tomando cerveza me cuentas que me amas y me juras que yo a ti no: dices estar dentro de mi cabeza. Algún imbécil descerebrado inventó la prueba de demostración del amor, los hechos cuantificables en grados que le ponen una nota al sentimiento: diez, ocho, seis, dos. Yo he suspendido tajantemente. Si tú no ocuparas tu cerebro con todos estos cientos de memeces te darías cuenta de algo: dejarías de ser ciega. Ten cuidado con lo que pides, los dioses tienen la puñetera manía de ser condescendientes. Sigues llamando con tus nudillos a puertas siempre falsas, como no podría ser de otra manera: tus ojos mutan los ladrillos en verdades evidentes.

¡Tiene cojones! Respiro la vida,  
me hago un llavero. Tiro absolutamente  
todas las colillas al cenicero. Me acuesto  
tarde, me levanto al mediodía. Hago la  
cama con olvido y me lavo los dientes con  
recuerdos amarillos. Pienso positivamente en  
pensar negativamente. Adoro  
un vagón de tren en el que tú viajas  
huyéndome. Me tomo una cerveza. Caigo  
al doblar una esquina, agotado  
por el esfuerzo. También me esfuerzo  
en no caer. Adoro las restas también.  
Aborrezco la vida tal y como es  
tendenciosamente malinterpretada.  
Y la combato quedándome quieto e inquieto.  
Busco un lugar donde no hable cada cenicero.

Odio:

las grandes superficies, las señales  
de stop y los semáforos: odio los fines  
de semana y sus reglas, odio los  
días laborables y su orden: odio  
las mañanas y su productividad: odio  
la maximización de beneficios  
(que es nuestro exterminio como especie):  
odio las estupideces  
joder  
las estupideces que me  
debo tragar en cada paso que doy:

si quiero dar un paso.

Los taxistas acechan posibles víctimas,  
los termómetros dicen 40°C a quienes  
aún les escuchan. En las escaleras de  
los portales las puertas no se abren, guardando  
el fresquito como titanes. Aún nos  
quedan un par de horas y, como siempre,  
no sabemos cómo ingerirlas sin  
atragantarnos. Después, en la despedida,  
vendrán las lágrimas:

es el único segundo en el que aún  
estamos bien juntos.

Es sumamente sencillo empezar a poner ventanas y sillones y cuadros y abuelas hasta levantar un mundo completo, es tan sencillo que debo jurarte que ahí no radica el problema. El problema comienza cuando después debo empezar con fuerza a creérmelo.

Y fui al cine y no fue nada agradable y lo sabes  
porque me viste cuando salía con  
la cara pálida y la mirada desenfocada  
y las ganas terribles de restaurarle  
a la naturaleza la hamburguesa que  
horas antes le resté. Y te digo que  
me escondo porque no quiero  
creer en nada no necesito un salvador  
no quiero que nadie me libre de este  
letargo  
inquieto  
asegurándome que su engaño personal  
conduce ineluctablemente a las  
Verdades Indudables que le obligan  
a romperme la cara para encontrar  
una fisura por la cual introducir sus panaceas  
en mi cerebro. Es peligroso y no quiero  
ni siquiera creer lo suficiente en mí mismo  
ni en esto que escribo sólo quiero seguir  
mi camino sin compañeros ni guías ni  
cancerberos. Y sé que algo está  
sucediendo aquí dentro y que se esconde  
tras las palabras y me da igual,  
yo sólo sigo viviendo. Sería soberanamente  
imbécil hacer algo de esto. Lo sería hacerlo de  
cualquier cosa.



Día tres.



Mejor mejor mejor no pensar no  
llegar a descubrir las ramificaciones y  
terminaciones nerviosas de esto que parece  
estar definitivamente sucediendo, mejor  
no porque cada vez más pequeño más  
enfangado pierdo contacto con el  
suelo. Y de las calles suben rumores  
cada vez más ridículos cada vez  
más risibles cada vez más inservibles y no  
quizá sé bien que no quiero  
no estoy dispuesto no podría soportar  
esto. Agarro el cigarro como si ya  
fuera el único asidero y no no puedo  
más botellines más libros más  
encierros solapados o descubiertos y hace  
frío, hace un gran frío aquí dentro  
cuando la puerta se cierra y yo  
aún estoy vesánicamente desnudo.

Hoy estuvimos paseando y hablando con  
Goyo y maldita la gracia de verte  
llorar implícitamente lágrimas complejas  
en forma de terribles silencios. Maldita  
la gracia que me hace  
esta forma de perder la vida a base  
de intentar conquistarla, marcarla y herrarla  
mientras elipsamos las cervezas que nos van  
pareciendo incongruentes maneras de perder  
el tiempo. Y tú y yo y las cosas  
giramos en un huracan incompasivo  
y ridículo ridículo ridículo y nos decimos  
que avanzamos cuando en realidad no vamos a  
ningún sitio. Círculos concéntricos sobre lo mismo.

Y hoy estuvimos paseando y sonriendo hasta que al momento le dio por hacerse presente y nos sorprendió en una estación de tren de la cual tú partías con dirección diametralmente opuesta a mi cama y mis brazos y mis besos y mis consuelos.

Me gustaría fijar el momento, tomarle  
una instantánea: tú en aquel cacharro diabólico  
mirando por la ventana mi sonrisa idiota y  
fatalmente resignada y yo,  
mintiendo,  
pensando que hoy no es un buen día  
para ser mortal ni para ser gilipollas y  
que debería olvidar puente abajo siendo piedra  
todo este maldito desengaño,  
constante y alucinante,  
de verte escapar cada noche de mi lado,  
mientras los días nos huyen  
asustados por el vacío que observan en  
nuestros ojos  
cansados, que llevan inscrito dentro la hora  
de Sus Esperpénticos Relojes, Sus Indecentes  
Tiempos  
que nos encadenan a la rotación de la tierra  
de tal modo  
que el tren arranca y yo  
me quedo.

Y de nuevo aquí ando  
un poco igual y más o menos  
en el mismo *tempo* redundando  
en este garito, sentado en la  
barra fumando escribiendo vaciando  
la información registrada menesterosamente  
por mi cerebro, panel de control de  
mi universo. Ah, sí... pero no me des  
tu consuelo que me estorba no me digas  
mañana no me digas el día de mañana,  
no  
me  
digas  
que es normal, porque si eso es cierto has dicho  
lo único que podría terminar de  
derribarme. No me hables de pasitos cortos  
y programáticos no me llenes los bolsillos  
con tu logorrea y mejor paga esta cerveza y,  
si la compasión te alcanza,  
la que pienso destripar ahora con las  
manos en la cabeza y la cabeza en  
Las Zorreras.

Hay algo en la cerveza, te juro  
que  
hay  
algo,  
algo dentro de la botella destapa máscaras  
mientras se evapora,  
y yo no tengo fuerzas no puedo moverme  
estoy destrozado y es la mismísima vida  
(vida... cómo reflejarlo de otro modo)  
quien rige los ritos funerarios,  
sé que yo la hice pedazos y que ella,  
vengativa,  
me mira mientras ritualmente me entierra y  
ríe aquello de que  
la curiosidad mató al gato.

Camino a casa me detengo y pido un café  
y estoy  
pidiendo  
un café y no me metas prisa alguna que  
no es sencillo armonizar todo lo necesario. Y  
perdemos la vida intentando merecerla lo que nos  
dicen que es merecerla nos está destrozando  
cruelmente y yo ya tengo trabajo y tú ya tienes  
párpados y es ahora mismo cuando ya no  
sabemos dónde cojones estamos.

Somos grises y giramos. Renuncio a lo prometido,  
que alguien detenga esto, ya tengo suficiente ya he  
comprado en vuestros espeluznantes supermercados  
he visitado vuestras casas os he abrazado os he  
dado la mano he visto un coche por dentro he  
firmado una nómina y ha sido un cheque en  
blanco en el que habéis inscrito mi vida y bien  
os la estáis cobrando. Somos grises y giramos.  
Aún tengo mi bendito mi irreal  
letargo  
inquieto  
y a él me abrazo y a las María Fontaneda  
y a mis idas y venidas al baño,  
y si veis un cartel de *no molestar* y sois  
algo listos le haréis caso.

Día cuatro.



Hace un calor insoportable  
e insoportablemente mepregno  
de mi propio olor que es  
como  
flores anafroditas polinizando el  
aire que respiras.  
Hoy tus tíos me prohibieron volver a  
su casa cuando ellos  
no estén, porque los vecinos dicen  
que hicimos ruido y los sofás chillan  
que les manchamos de fluidos parcialmente  
viscosos. Yo me pregunto cómo  
no saben tus tíos todavía, teniendo ya  
un crío, que ciertas cosas sólo se pueden  
hacer gritando y manchando, que así  
es como dios manda cuando la cabeza se  
evade de la realidad para instalarse  
cómodamente  
en otra parte.

Es lo de siempre es  
lo mío  
lo tuyo  
lo suyo  
y lo nuestro,  
y de ahí no podemos salir  
y nos sentimos bien cómodos en  
nuestros dominios porque tenemos  
derecho,  
que es una cosa muy seria en la  
que nos podemos amparar para cometer los  
mayores delitos, mucho más importantes  
que fumar un porro en la calle  
o tocar en un parque. Tengo derecho  
a dejarte fuera porque ya  
me he puteado bastante para conseguir  
esto, firmé sus jodidos papeles y me obliteré  
para poder decirte ahora:  
*eh, tío, no hay ni habrá sitio  
para ti en esta parcela de mundo  
manchada por mi sudor y mi muerte,  
por ella perdí todo lo que era y ahora sólo puedo  
decir que soy charcutero y dueño  
de este pedazo de universo en el  
que tú no cabes porque  
aún  
no  
te  
has  
puteado  
lo  
bastante.*

Y aquí estamos ahora, en  
la calle. No tenemos derecho a nada  
porque nos empeñamos en lo nuestro:  
tú dibujas, yo escribo esto. No tenemos  
derecho a café ni a tabaco, sólo  
a seguir caminando sin hacer mucho ruido.  
Yo vuelvo a no tener trabajo, tú,  
solidarizándote, te has quitado los párpados.  
Me gustas cuando eres capaz de verlo  
todo, cuando no quieres ahorrarte nada,  
cuando, como ahora,  
eres un manantial eximio de  
palabras acertadas. Aceradas.  
Me gustas cuando me acompañas,  
contigo no me siento en absoluto solo  
aunque el resto del mundo se empeñe  
en demostrarme que no tengo  
sitio en ninguna parte. Me gustas cuando  
callas y tus silencios no significan sino  
que no tienes nada que decir por  
el momento.

Ayer te llamé frígida porque  
no querías y a mí me dolió que  
en la ventana los coches aullaran  
y yo no tuviera una caverna donde  
silenciar todo este maldito ruido.

Íbamos buscando el suelo,  
íbamos lamiendo el suelo,  
íbamos sentados en el *métro*,  
íbamos buscando el suelo,  
íbamos temiendo la despedida  
y nuestros ojos perseguían al suelo  
para no encontrarse mutuamente,  
nuestros ojos jugaban al escondite  
de *elquenoventaesiete*.  
Íbamos buscando el suelo,  
íbamos lamiendo el suelo con  
nuestros lagrimales  
(perdían un rastro acuoso que  
enseguida era pisado por  
cien pies indiferentes). Estábamos a fin  
de mes y a nosotros sólo nos quedaba  
el derecho a llorar,  
mientras que  
a Ellos aún les sobraba el dinero  
suficiente como para evitarse el mal trago  
de vernos.

Quiero manchar sin que por ello  
me deba sentir culpable cien años y  
quiero reír a tu lado sin vecinos  
que puedan destrozarnos todos los  
momentos futuros que ya jamás serán  
momento alguno.

Quiero gritar contigo y estar contigo  
sin que mientras tanto alguien me esté  
recordando que vivimos momentos prestados,  
que en realidad tú duermes en Las Zorreras  
y en realidad yo te espero y ansío en Alcobendas.

No quiero filosofar más no quiero  
leer más y estoy a punto de decir  
que me han vencido, porque lo ponen  
muy difícil saben bien cómo manejar lo que  
tienen entre manos y saben bien los muy  
malditos que yo, sin ti,  
no soy más que otro agujero en  
un mundo taladrado.

Y ello y todo se han transformado  
de víctimas en cuñas que están agrietando  
y descuajando todo lo que alguna vez  
tú y yo hubiéramos sido. Y no, lo siento,  
no me conformo con quemar el fin de  
semana ni con las migajas de civilización  
que no hacen más que reforzar mi dependencia,  
no puedo admitir que estén haciendo de mí  
algo como esto que algún día  
será cuña que le dirá a algún,  
aún,  
humano:

así son las cosas cuando no son  
de otra manera: firma y tendrás  
siempre mi mano tendida. Mi precio  
fue la misma vida. No puedo permitir  
menor diezmo en tu caso.

Y tú no lo entiendes y me pides  
que me ría cuando salgo y que disfrute  
y esté agusto cuando Leti se va a  
Alicante y nos deja su casa, me pides  
que cubra de olvido el hecho de  
estarme asfixiando y no entiendes  
que soy el agujero de un taladro  
medio terminado. Y eso puede  
conmigo.

Estribillo:

Un poco igual y más o menos  
en el mismo *tempo* redundando  
en este dormitorio. Son las tres de la  
mañana del día cuatro y más o menos  
ya sabéis que

algo

está

sucediendo.

Podéis olerlo. Y aunque no creáis en

hordas ni revoluciones

quizá os gustaría no firmar tantas

multas tantos cheques tantos contratos

no soportar tantos golpes

que, coherentemente,

nos están doblegando de forma

irreversible.



Día cinco.



Me encuentro algo desfigurado  
hoy.  
He dejado salir al gato, con la  
esperanza de que no regrese.  
Se han terminado las patatas,  
el café, el atún, las galletas y el tabaco.  
No tengo fuerzas para atravesar  
la puerta.  
Estoy vesánicamente desnudo en  
este calendario.

Una hormiga se está encargando,  
con sus amigas, de la limpieza  
de mi cuarto. Quisiera conocer su  
lenguaje para pedirles que me comprasen  
al menos tabaco. Hoy he descubierto  
que los libros tienen ojos, que son  
vendedores a domicilio y que me  
miran insistentemente.

Afortunadamente tengo párpados.  
Los cierro y por fin descanso algo.

Hoy cero de lirismo. Picor insistente en la axila, lo que me produce una tremenda satisfacción. Gemebunda necesidad de tabaco, tiemblo de emoción al pensar en el momento en el que consiga hacerme con un cigarro. He perdido el contacto con las horas, algunas me sobrevuelan y otras se tienden cariñosamente a mi lado. Me dejaste porque, según tus palabras -que son las de todo el mundo, aunque si cualquiera me las dijera el efecto no sería rigurosamente el mismo-, no te necesito. Sentí la puerta menguar y estrecharse según ibas hablando. Hoy cero de lirismo.

Las ocho de la tarde remolonean a mi  
alrededor desde hace, según creo,  
algunos días. Las necesidades aumentan en  
intensidad:  
esfínteres de variados desagües temen reventar,  
boca seca, estómago osezno,  
una mitad del cuerpo dolorida  
(pero, lo que es yo, no me muevo),  
hedor corporal que no siento  
(sólo imagino)  
por su constancia y contundencia. Son las  
ocho de la tarde desde hace un buen rato.

Son las ocho de la tarde. Las hormigas han terminado su trabajo y han salido, supongo que de bares. Focalizo un cenicero repleto y busco en él consuelo. No hay ninguno lo suficientemente largo como para no quemarme la perilla. A las ocho de la tarde me quemo la perilla. A las ocho de la tarde destripo treinta colillas y me lío un cigarro. Al encenderlo el efecto es mayestático, lo que me lleva a satisfacer mis otras necesidades, en orden decreciente de dolor físico debido a la contención y el recato. Siento como la puerta de impenetrable madera se va convirtiendo en una de cartón-piedra, nada amenazante. Y salgo.



Día seis.



Conmigo lo percibes, está sucediendo,  
las cafeterías se pueblan de nuevo y  
mis ojos refulgen con mil brillos distintos.  
Abrazo la acera y no la abandono,  
le ofrezco al sol mis manos, mi  
sudor, mis pasos.

Voy comprendiendo. Cuidado. Quieto  
e inquieto estoy definitivamente  
caminando porque, sobre todo  
y por encima de todo,  
me encuentro sumido en esta especie de  
letargo  
inquieto  
en el que los días no tienen más relojes  
que los ciclos corporales  
y las galletas María Fontaneda,  
las idas y venidas al váter y  
a la nevera a por agua fría;  
porque, sobre todo  
y por encima de todo,  
me duele que todo siga aparentando  
ser y yo  
sigo enraizado en lo inmediato,  
en la cerveza y el picor del grano  
en la espalda que me susurran  
que este  
letargo  
inquieto  
quizá sea lo que  
dice qué es  
seguir existiendo. Y con ello salgo.



Seis días impresos.

Día uno | 1

Día dos | 13

Día tres | 25

Día cuatro | 35

Día cinco | 49

Día seis | 57



## Seis días impresos

Un tipo roto que no sabe muy bien por qué. Una puerta.

Cosas que nunca terminan de suceder del todo.

Alguien que se va y no termina de irse.

Agujeros, agujeros por todas partes. Se sienta en su minúsculo mundo y suspira: no todo está perdido. Se dibuja en estrechos límites por el regusto diminuto de la marsopa.